

Cuando así cantabas  
era un invierno largo.  
La lluvia caía, lloraba, se alzaba, huía.  
La lluvia de aquel año en mis manos, en mis párpados  
y lloraba y lloraba toda la lluvia que cae en una gota de lágrima.

El agua llevaba los rostros tantos de los indios tantos,  
el agua que no tiene rostro,  
mojando plantas, sábanas, mujeres delirantes, palmas.  
Distante como la fiebre la tierra caminaba  
volviendo a los animales, los árboles, hojas lentas, evaporadas,  
topacios que se anillan de serpientes, sapos de saliva opalescente,  
y las burbujas verdes donde la marisma pulsa sus lastimeros laúdes.

○

El invierno, el oscuro invierno ¡invierno negrol ¡invierno adentro!  
Es como otra muerte: este trópico donde su presencia es instante  
de lluvia y sudorosa lluvia.  
Esta muerte es la verdadera: la del polvo que nos está habitando.  
La del mundo girando alegre, loco, salvaje, fuera de la órbita verde  
de un trópico donde se nace a la muerte, a la selva, al aire, al miedo.

... Te hablo, alma mía, entenebrecida por un perfume de caballo.

Se hizo el alba. Amores y campo.  
Amanece y ayer es otro año.  
Nosotros éramos muchachos. Caminábamos  
hacia la patria. Cuando volvimos, te nombramos.

#### EPITAFIO SOBRE UN PLINTO BLANCO

Así fué la pólvora. Aquí fué el alma.  
La ciudad guarda una rosa de doce  
colores, una aventura de bordes de espuma,  
—pero la rosa vuelva a la lluvia,  
la lluvia olvide a la nube,  
y esta ciudad espere otra mañana  
al capitán de labio enamorado.

Era un hombre a bordo de su caballo,  
un fiero arcabuz de jilgueros.  
Y en esta canción, él ha muerto.

Mario CAJINA-VEGA